Año 1926 Número 54 Junio

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE

BUENAS LETRAS

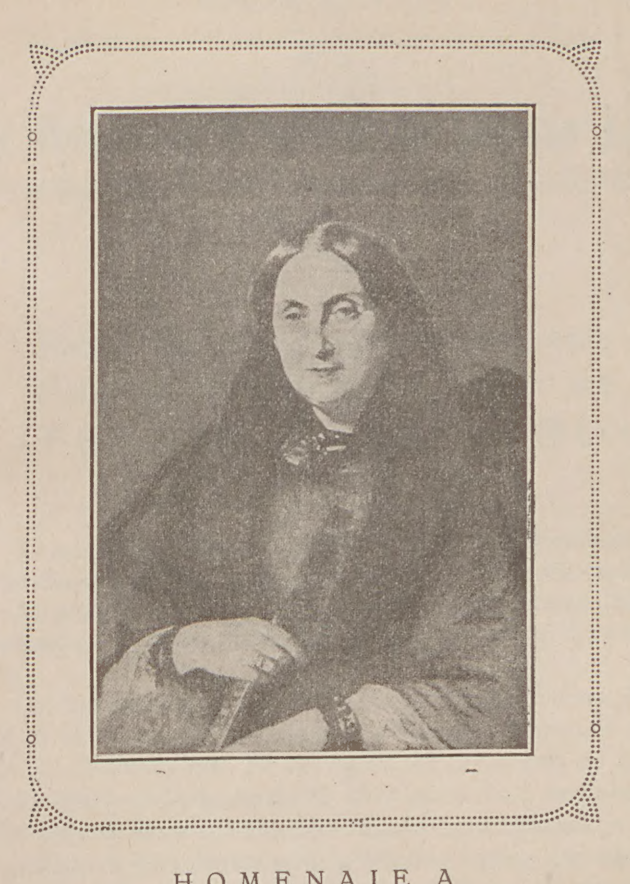




SUMARIO

SOBRINO DE IZQUIERDO.—SEVILLA





HOMENAJE A

«FERNAN CABALLERO»

Año X.—Tomo X. | Junio de 1926 | Cuaderno LIV

BOLETIN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Fiesta literaria celebrada por esta Real Academia en honor de «FERNAN CABALLERO»

Es motivo de legítimo orgullo para la Real Academia Sevillana de Buenas Letras la adquisición de varios muebles, retratos y papeles pertenecientes a la insigne escritora *Fernán Caballero*, aumentándose el tesoro histórico de que se enorgullece nuestra ciudad.

Con tal motivo, y con la cooperación del Excmo. Ayuntamiento, la Real Academia organizó un acto en homenaje a la autora de *La Gaviota*, que ha revestido los caracteres de una gran fiesta, rindiendo a la memoria de D.ª Cecilia Bolh de Faber el tributo de admiración a las eximias virtudes que adornaron a la insigne dama, y a los talentos que la hicieron brillar con luz propia entre los grandes escritores que son honra de las letras patrias.

La valiosa adquisición comprende lo siguiente:

1.—Mesa escritorio que usó *Fernán Caballero* hasta su muerte.

2.—Crucifijo de marfil que tenía sobre la mesa.

3.—El sillón de su uso.

4.—Una fotografía del gabinete de trabajo, tal como quedó en el día de su muerte.

5.—El autógrafo completo de la obra inédita *Memorias de un mirlo superior y propagandista*, con ilustraciones hechas con lápiz, probablemente por D. Antonio Arrom, marido de *Fernán*.

6.—Dos retratos, miniaturas, pintadas sobre marfil primo-

rosamente. En uno está *Fernán* tocando el arpa, vestida con muy original indumentaria.

7.—Otro retrato hecho con pluma firmado por Maurice Leloir. Es el último retrato de *Fernán*, hecho poco antes de su muerte.

8.—Dos cartas de *Fernán* a D. Antonio de Rueda, Marqués del Saltillo.

9.—Un devocionario autógrafo de la madre de *Fernán Caballero*, con expresiva dedicatoria a su hija.

10.—Otro devocionario impreso dedicado a *Fernán* por la célebre poetisa D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda.

11.—Treinta cartas dirigidas a *Fernán* por varias personas, casi todas fechadas en 1856.

* * *

La fiesta literaria se celebró en el Salón de Murillo del Museo provincial, adornado con plantas y flores. A la derecha del estrado presidencial se había colocado el retrato de la autora de *La Gaviota*, entre ricos damascos, y a la izquierda el sillón, la mesa, el crucifijo de marfil, miniaturas, documentos y libros que pertenecieron a *Fernán* y han sido adquiridos por la Academia.

La presidencia estaba ocupada por S. A. R. el Infante Don Carlos de Borbón, sentándose también en el estrado el Director de la Academia y Vicario General del Arzobispado, Sr. Armario; el Rector de la Universidad, Sr. Candau; el canónigo Sr. Holgado Yusta, en representación del Emmo. Sr. Cardenal; el Presidente de la Audiencia, Sr. Escalera; Lectoral Sr. Moreno Maldonado, en representación del Excmo. Cabildo Catedral; el general de Estado Mayor; el Sr. González Meneses (D. Antonio), en representación de la Academia de Medicina; el Sr. Delgado Brackenbury, en la de la de Bellas Artes; el Sr. Montoto y González de la Hoyuela, en la del Sr. Alcalde; el Sr. García Oviedo, en la del Presidente de la Diputación; el comandante de Marina, Sr. Díez, y el Sr. Filpo, en representación del Colegio de abogados.

Entre los académicos se encontraban el doctor Lupiáñez y los señores Díaz Caro, general Fernández Barreto, Sr. Sebastián y Bandarán, fray Diego de Valencina y Muñoz San Román.

En el público que asistió se encontraban muchas damas de la aristocracia, el señor conde de Colombí, el director del Museo,

señor Sánchez Pineda; el secretario del Ayuntamiento, Sr. Bravo Ferrer, y numerosos turistas americanos.

Abierta la sesión y rezadas las preces de Estatuto, el Ilmo. Sr. D. Jerónimo Armario, Director de la Academia, pronunció un bellísimo discurso ensalzando a Sevilla y a *Fernán Caballero*, que tan sabia y tiernamente se inspiró en sus bellezas y costumbres; al Ayuntamiento, que es Sevilla, por los auxilios prestados para la fiesta y para la adquisición de los objetos que pertenecieron a *Fernán Caballero*, y dando las gracias al Infante por el honor que hacía a la Academia y a la memoria de la autora, asistiendo al acto. Fué aplaudido con entusiasmo.

A continuación el Sr. Bandarán leyó un bello capítulo de una de las obras de *Fernán Caballero.*

Después, el Sr. Muñoz San Román dió lectura a la poesía de que es autor y que fué acogida con aplausos.

Por último, el académico Fr. Diego de Valencina leyó un discurso muy bien documentado en el que estudió la psicología de *Fernán Caballero*, y que fué muy aplaudido.

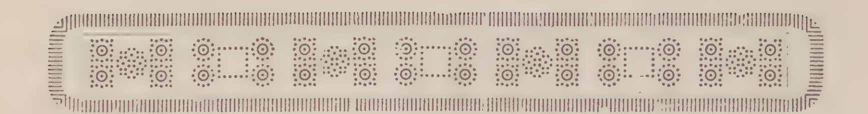
* * *

No debemos terminar estas breves líneas, tomadas de la prensa local, sin hacer constar, aun hiriendo la modestia del reverendo P. Fr. Diego, que a sus entusiasmos por la obra literaria de *Fernán Caballero*, se debe principalmente la adquisición que ha hecho la Real Academia Sevillana.

De su tesón y constancia esperamos se consiga que el busto de tan delicada escritora se coloque en el Parque y entre sus flores puedan leerse las obras inmortales que brotaron de su pluma.

RAZON DEL ACTO

DISCURSO DEL ILMO. SR. PRESIDENTE
DON JERONIMO ARMARIO Y ROSADO



Serenísimo Señor:
Excmos. e Ilmos. Sres.:
Sres. Académicos:
Señoras, Señores:

Honra y merced singulares y apreciadísimas recibe hoy la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, al rendir el justo homenaje de su admiración y de sus más puros y entusiastas afectos a la mujer fuerte y valerosa, a la ilustre y genial escritora que inmortalizó el seudónimo de *Fernán Caballero*, a la insigne doña Cecilia Böhl de Faber y Larrea.

Honra y merced, Señores, que se avaloran y dignifican, al vernos presididos en esta memorable junta pública por S. A. R. el Srmo. Sr. D. Carlos de Borbón, ilustre y preclaro Infante de España, a quien tanto se respeta y se ama en esta Casa solariega de las Letras Sevillanas, por lo egregio de su cuna, por lo elevado de su función social, por la bondad de su corazón y por lo compenetrado que está con todas las cosas que dicen relación y favorecen la cultura en nuestra Ciudad.

Y es de notar en esto una feliz coincidencia, Señores. Un día, en 1856, *Fernán Caballero* sufría tristezas y amargura: desgracias de familia y reveses de fortuna la obligaron a abandonar la ciudad del Puerto de Santa María, donde por largo tiempo viviera, y la encaminaron a esta noble y hospitalaria ciudad, a la Sevilla de nuestros pensamientos y de nuestros amores. Y aquí, Señores, aquí tuvo la satisfacción y el consuelo de recibir las visi-

tas que personalmente le hicieron Su Majestad la Reina D.ª Isabel II y los ilustres Infantes de España, Duques de Montpensier; aquí recibió la ofrenda de una casa en el Patio de Banderas, que la generosidad y el magnánimo corazón de aquella Reina le hizo, para que la viviera y para que prosiguiese su obra de apóstol y de artista de la palabra escrita; y aquí, con las visitas y la ofrenda de la casa, recibió algo más, algo que vale mucho, Señores, el aprecio, la consideración y el afecto que tan augustas personas le demostraron y de verdad le tuvieron.

Esto fué ayer; hoy, Señores, honramos la memoria de *Fernán;* hoy le ofrendamos el homenaje que por tantos títulos le corresponde, y el hijo de cien reyes, el augusto Príncipe de Borbón, sigue aquellos ejemplos, y honra de nuevo a *Fernán*, presidiendo y realzando con su presidencia este acto solemne. ¡Gracias, pues, Srmo. Señor, gracias!

Gracias asimismo a vosotros, Sres. Excmos. e Ilmos., que enaltecéis esta fiesta con vuestra asistencia; y gracias también a vosotros, Sras. y Sres., que habéis tenido la bondad de responder tan amablemente a nuestra invitación.

Pero.... es lo que diréis vosotros.—¿Queréis decirnos ya el por qué de este homenaje a *Fernán Caballero?* ¿Queréis darnos la razón de este acto? ¡Qué me place! Escuchad.

Nada os diré de los méritos que tiene *Fernán*, para que se la honre: ¡son tan conocidos! Una tan excelsa escritora, «cuyas narraciones constituyen, en sentir del Padre Blanco, el pedestal de oro, sobre que se levantó después la novela contemporánea», y que tiene, según Menéndez y Pelayo, «el mérito supremo de haber creado la novela moderna de costumbres españolas, la novela de sabor local», y que en *«sus cuadros de costumbres,* como en muchas de sus novelas, rayó tan alto como el que más en esta clase de escritos»; una tan excelente escritora «que posee, en expresión de José María Asensio, la cualidad excelentísima de trazar los caracteres con pasmosa verdad, poniendo de relieve la figura del personaje y su fisonomía moral de manera tan gráfica, tan apropiada, tan natural, que se graba indeleble en el ánimo de los lectores, igualándose en este punto a los más célebres escritores, a Shakespeare y a Cervantes»; una escritora cuyas obras son legión y que pueden leer en su propia lengua, además de nosotros, los de habla española, franceses y alemanes, ingleses y rusos, bohemios y holandeses, pues a todos estos idiomas se han traducido; una escritora tan natural cuando describe, tan exacta cuando

narra, tan propia cuando pinta, tan delicada cuando habla, tan candorosa y buena siempre, y que todo lo embalsama con el perfume de su corazón, en el que se reunían y compendiaban los más puros, los más elevados sentimientos; una tan excelsa escritora, digo yo, es con toda justicia acreedora a que se la honre, a que se le tribute este sencillo y modesto, pero férvido homenaje de admiración y de amor.

Y acerca de Sevilla que se lo tributa, ¿qué os diré? ¡Ah, Señores! ¡Sevilla!; gloria de la Bética; ciudad favorecida por la naturaleza con benigno y apacible clima, hermoseada con su cielo espléndido y azul, en suelo feraz y entre jardines asentada; Sevilla, celebrada por los historiadores, cantada por los poetas y amada por cuantos la conocen; Sevilla, llamada a ser por la urbanización un palacio y por el arte un museo, como es ya por la naturaleza un vergel y por la piedad un templo; Sevilla donde brilla el Sol, reverberando con esplendor inusitado en su atmósfera, cual si en ella pusiese menudas y ardientes partículas de luz y oro; luz, oro, esplendor, que puede compararse y competir, si no superar, a la pureza con que brilla la luz allá, en la tierra de los Faraones, en la desembocadura del Nilo, en el histórico y famoso Delta; o a las magnificencias que ofrece la radiación solar en la antigua y sin par Bizancio, en aquel hermoso lugar, en donde se dan el ósculo de paz y fraternidad Europa y Asia, en el celebérrimo «Cuerno de oro»; Sevilla, que es no solo justa, sino que se muestra generosa, cuando se trata de conceder honores merecidos; Sevilla, digo, había de asociarse y de hecho se ha asociado con toda justicia y con toda verdad a este acto, ofrendando el tributo de su dinero, de su aprecio, de su reconocimiento y de su amor a *Fernán Caballero* que tanto la amó, que en ella vivió, que en ella ejerció su magnífica labor, y que ha hecho llegar con sus escritos a todas partes, de polo a polo y de meridiano a meridiano, el perfume exquisito, el aroma embriagador de nuestros vergeles sevillanos.

Y por eso, Señores, por eso; cuando un día no lejano la Divina Providencia puso a nuestro alcance casi todos los objetos que constituyeron el gabinete de trabajo de *Fernán*, y con ellos preciosas miniaturas que la representan; un libro y unas cartas inéditas, y un libro de oraciones que termina con una, compuesta y escrita de puño y letra de la excelsa escritora; cuando pensamos que sería bueno darlo todo a conocer, para satisfacción y contento de los admiradores de *Fernán*, y juzgamos que nada sería mejor que hacerlo en un acto público y solemne, en una fiesta litera-

ria; cuando iluminados por estas ideas y movidos por estos sentimientos nos acercamos y llamamos a las puertas del Municipio sevillano, que son las puertas de Sevilla; cuando allí, acompañados de los Excmos. Sres. Director de la Academia de Bellas Artes, y Director del Museo, y de otras relevantes personalidades, expusimos nuestros pensamientos y nuestros deseos; todo fué, Señores, facilidad, todo aliento, todo cooperación, todo auxilio en orden a la celebración del homenaje a *Fernán Caballero;* homenaje, que, como véis, culmina hoy en este acto hermoso, público y solemne.

Y siendo esto así, Señores, en este mismo acto y de un modo también solemne y público, yo me complazco en dar, en nombre de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, muy rendidas y efusivas gracias a nuestro Excmo. Ayuntamiento, así como a todos los demás Señores que nos han favorecido y prestado su concurso en orden a la consecución de nuestros propósitos, que nos parece que, sin jactancia, podemos calificar de nobles y generosos.

Ya lo sabéis, pues, Señoras y Señores: la razón última, el porqué más remoto de este acto está, de un lado, en las excelencias de la escritora a quien se tributa, y de otro, en la reciprocidad del afecto que Sevilla le debe y le demuestra; la razón inmediata, el porqué próximo, en que queríamos tener la honra y el gusto de deciros: Sevillanos; ¿os acordáis de *Fernán Caballero?* ¿Os acordáis de lo mucho que amó y de lo mucho que enalteció a Sevilla? Pues bien; aquellos sus instrumentos de trabajo, esto es; aquella silla en que se sentó; aquella mesa en que escribió; aquel libro en que rezó; aquel crucifijo en que se inspiró, ahí están; ahí los tenéis; vedlos. ¡Quién sabe si algún día podremos presentaros estos valiosos recuerdos en un local, que reproduzca, como si dijéramos, al vivo, aquel gabinete en que vivió, trabajó y rezó *Fernán Caballero!* Quiera Dios que así sea; y, mientras llega ese hermoso día, conservemos vivo nuestro entusiasmo por *Fernán.* ¡Gloria, pues, honor y alabanza a la insigne escritora!

HE DICHO.



POESIA

del Sr. Académico D. José Muñoz San Román



Homenaje a «Fernán Caballero»

Dulce mujer, orgullo
De la estirpe española,
Tan sencilla y prudente,
Como tierna y hermosa.
Encendida en la hoguera,
Y radiante en la antorcha
De anhelos que son brasas,
Y amores que son gloria.
Inefable criatura,
Plena de la anhelosa
Pasión de ser más buena,
Cuanto más triste y sola;
Y más resplandeciente
Cuánto más en la sombra,
Y más llena de gracia,
Cuanto más dolorosa.
¡Oh, mujer peregrina,
De la raza española!

❦ ❦ ❦

De su pluma de oro
Nacían las paiabras,

Como bandas de lindas
Mariposas aladas,
Poniendo en los jardines
De sus prosas galanas,
Los colores más vivos,
Y las tintas más áureas.
De su pluma de oro
Fluían, como el agua
De la fuente armoniosa,
Musicales palabras,
Y era la poesía
De su prosa inflamada,
A la vez que risueña,
Filosófica y sabia.

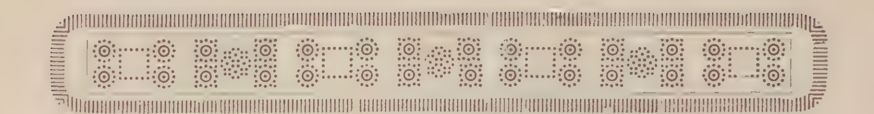
❧ ❧ ❧

Para su corona
Tejamos guirnaldas
De rosas y mirtos,
Violetas y malvas.
Para su corona
Tejamos palabras
Compuestas en versos,
Y en ritmo engarzadas.
Y versos y rosas,
Poesía y fragancia,
Serán la corona
De nuestra alabanza.



DISCURSO

del Académico M. R. P. Fray Diego de Valencina.



MÁS SOBRE FERNÁN CABALLERO

SU PSICOLOGÍA

Serenísimo Señor (1).
Excmos. Sres. Académicos.
Señoras, señores:

I

Por algo se ha dicho que *quien no vió Sevilla, no vio maravilla.* Esto podrá parecer hipérbole, pero es pura verdad. Todo en ella es grande, sugestivo y poético. Su alto cielo limpio y diáfano; sus calles tortuosas con sus balcones cuajados de flores; sus azoteas coronadas de claveles; su misterioso barrio de Santa Cruz, el más moruno de la ciudad; la Alameda de Hércules, célebre por más de un hecho histórico; las torres de Don Fadrique y del Oro, testigos de singulares hazañas; su Catedral magnífica con su esbelta torre, medio moruna y medio cristiana; sus jardines amenísimos, de difícil comparación; su Archivo de Indias, abastadísimo almacén de recónditas noticias, que esperan, hace siglos, unas manos diligentes que saquen de sus legajos a la luz pública la historia de veinte naciones para gloria y solaz de la madre España, que les dió gene-

(1) Estaba presente Su Alteza Real D. Carlos de Borbón, Infante de España.

rosamente su sangre, y con ella su apellido, su religión, y su habla sonora y rica; su Semana Santa sin rival en el mundo entero; en fin, su Feria que no se parece a ninguna otra de cuantas se celebran en la península, porque en ella se derrocha el donaire, la luz, la alegría, y hasta el vino oloroso de Jerez y la pálida manzanilla de Sanlúcar.

Nada extraño es que renombrados escritores al hablar de Sevilla, titulen sus obras: *En el cielo de la tierra* (1), *Es una novia Sevilla* (2), *La ciudad de la gracia* (3). Muy bien dicho, porque Sevilla es, como dijo Cervantes, «Roma triunfante en ánimo y grandeza». Es toda luz, toda belleza, toda alegría, toda arte, toda ingenio, toda y en todo y *siempre* hidalga, magnífica, leal; tierra donde sus hijos miran al cielo, y trabajando cantan, y cuando cantan lloran tiernamente; tierra, por último, llamada por antonomasia de *María Santísima.*

Pero se da el caso con harta frecuencia, que, muchos entran en Sevilla, y Sevilla no entra en ellos; vienen a verla y no la ven, no sé si porque no tienen ojos, o porque voluntariamente los cierran para no verla, y sabido es, *que no hay peor ciego, que el que no quiere ver.* Y es sumamente curioso, que muchos de esos señores visitantes, sin tener la más remota idea del florecimiento de su producción y comercio, sin conocer las riquezas artísticas que atesora la ciudad y sin haber hecho el más ligero estudio de la psicología de sus hijos, hablen y escriban mal de todo acudiendo al desacreditado tema de *tierra de panderetas y guitarras.* Esos señores, dicho sea con todo respeto, me recuerdan a ciertos coleópteros que entran en un jardín, y por ameno que éste sea, no paran mientes ni en sus árboles frondosos, ni en las flores fragantes y hermosas que recrean la vista, ensanchan el alma, y embalsaman el ambiente con su aroma delicioso, sino que apegados a la tierra, pasan el tiempo lastimosamente rodando bolas de acá para

(1) Muñoz y Pabón. Sevilla 1918.
(2) José Muñoz San Román. Sevilla 1923.
(3) José M.ª Izquierdo. Sevilla 1923.

allá. ¡Son unos seres de muy mal gusto! Sí, es cierto. Aquí hay panderetas y guitarras; y las hay, entre otras razones, para divertir a esos señores que no saben reir hasta que no vienen a Sevilla.

Sabido es que el movimiento se prueba andando. El Excelentísimo Ayuntamiento, atento siempre a todo aquello que pueda enaltecer a Sevilla, acogió benignamente la propuesta que unos Sres. Académicos le hicieron para que entre las fiestas primaverales con que agasaja a sus numerosos visitantes, figurase un acto de cultura, y se acordó celebrar este año un HOMENAJE a Fernán Caballero. La idea de enaltecer en estos momentos la figura de una mujer ilustre, no ha podido ser más feliz. Primero, porque esta Real Academia de Buenas Letras, después de vencer graves dificultades económicas, tiene la satisfacción de haber adquirido en propiedad, hace muy poco tiempo, los objetos que a continuación voy a enumerar y que pertenecieron a la ilustre escritora: 1.º Fotografía del escritorio de Fernán Caballero, tal como quedó el dia de su fallecimiento. Es de aquella época. 2.º Mesa escritorio que usó hasta su muerte. 3.º Crucifijo de marfil que tenía encima de la mesa. 4.º El autógrafo completo de su obra inédita: *Memorias de un Mirlo superior y propagandista*, con ilustraciones hechas a lápiz, probablemente por su marido don Antonio Arrom. 5.º Dos retratos miniaturas pintados en marfil primorosamente. En uno está tocando el arpa vestida con muy original indumentaria. El otro es un busto a lo griego. 6.º Otro retrato hecho a pluma, firmado por Maurice Leloir. La pintó tocada con la clásica mantilla sevillana, sentada, enseñando la doctrina a una niña. Es el último retrato que hicieron de la célebre escritora poco antes de morir (1). 7.º Dos cartas dirigidas a D. Antonio Rueda, Marqués

(1) Don José María Asencio habla de este retrato y de las copias que de él se hicieron en el magnífico discurso «*Fernán Caballero y la Novela contemporánea*» que imprimió en *La familia de Albareda*. Edición de 1893. Madrid. Tip. Sucesores de Rivadeneira.—En la página 237 le dice Mr. Latour: «Fernán Caballero me había regalado una fotografía suya que la representaba enseñando la doctrina a una niña del pueblo... de esas fotografías dos solamente existían... Nada deseo tanto como ofrecer a V. un

de Saltillo. 8.° El sillón de su uso, tal como aparece en la fotografía. Lo debemos a la generosidad de la Excma. Sra. Marquesa Viuda de Saltillo. 9.° Un devocionario autógrafo de la madre de Fernán, firmado en 1829 con expresiva dedicatoria a su hija Cecilia, teniendo la particularidad (1), de que la última hoja la escribió Cecilia, y la copió su madre encuadernándola con las demás (2). 10.° Otro devocionario de la célebre poetisa D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda, dedicado también a su amiga Cecilia (3).

En segundo lugar, es de gran oportunidad realzar a la mujer en las presentes circunstancias, porque su influencia se siente ahora más que nunca, toda vez que llega a tener asiento en las Casas Consistoriales y en los Palacios legislativos. Hoy frecuenta las aulas y cultiva todos los ramos del saber humano. Esto parece sabia providencia del Dios que rige nuestros destinos, y los

ejemplar de ese retrato».—En carta 19 de Julio de 1881, inserta en la página 338, le repite sus deseos con estas palabras: «Quisiera ya ver en sus manos el retrato de Fernán y quiero ensayar de dirigir uno a Sevilla por el correo. ¿Llegará o no?». En efecto, dice el Sr. Asencio, llegó a Sevilla el grabado al agua fuerte ejecutado por Maurice Leloir, de una manera admirable, tan perfecta, como artística, que salva para siempre del olvido la figura del incomparable escritor de nuestras costumbres.

(1) La dedicatoria dice así: «A Cecilia, Hija mía: Cuando haya yo dejado de existir en este mundo, Dios en su infinita bondad, permitirá que mi alma esté en derredor de Vds.; y cuando abras este librito y dejes caer en él una lágrima, piensa que la recoje el alma de tu mama. 28 de Abril de 1829».

(2) Copiamos con mucho gusto lo escrito por Fernán que revela una vez más el amor que tenía a su madre, y el espíritu profundamente religioso que le animaba. Dice así: «Por mi mama en pago de este librito.—Buen y dulcísimo Jesús, Redentor y mediador nuestro, por la sangre preciosa que os costó el alma de mi pobrecita mama, os suplico borréis de vuestra misericordiosísima memoria las ofensas que contra Vos cometió, y que en vuestro dulce corazón halle gracias el amor que enmedio de todas sus fragilidades siempre conservó hacia ese sacratísimo corazón. Amen». El librito consta de 127 páginas y tiene algunas ilustraciones hechas a pluma. En la última, que figura una especie de jarrón envuelto en un lienzo, hay las letras F. B. iniciales seguramente de Frasquita Bohl.

(3) Copiado al pie de la letra dice así: «A la ilustre escritora y amiga incomparable Sra. D.ª Cecilia Böhl de Arrom, su admiradora y amiga G. G. de Avellaneda».—Impreso en Sevilla, 1887. Imp. de D. A. Izquierdo.

destinos del mundo; porque, Señores, sería pueril negar a la altura que han llegado las cosas, que el pavoroso problema que hoy conmueve al mundo, abriendo un abismo profundo entre patronos y obreros, como dijo León XIII (1), intenta hacer del edificio social presente un montón informe de escombros, donde se hallen hacinados y revueltos tronos y altares, espadas y togas, el derecho, el deber, la propiedad, la familia, la patria sagrada, para hacer con esos escombros humeantes, un pedestal donde se yerga triunfante la estatua de todas las concupiscencias, la estatua de todas las negaciones, la estatua monstruosa de la anarquía que nos convierta en fieras inhumanas.

No es este problema de inteligencia sino de corazones. Por eso no puede resolverse con violencias; las bayonetas, los cañones y las bombas de aeroplanos podrán contener un momento nada más a ese río de pasiones desbordadas; pero seguirá creciendo hasta que rompa los diques, llevando a todas partes la desolación y la muerte. ¿Y, a quién estará reservado restablecer el equilibrio en los pueblos? A la Iglesia seguramente. ¿De quién se valdrá, cuál será su brazo derecho en esta lucha apocalíptica? ¿Será la mujer? Creo que sí. Téngase presente que la Iglesia dignificó a la mujer y perfeccionó su educación intelectual y religiosa, y ella en cambio, dice Ráulica, (2) ha conquistado y sigue conquistando corazones, familias, pueblos enteros, para hacerlos caer de rodillas ante la Cruz del Redentor, único símbolo de paz levantado en el Gólgota hace veinte siglos. Una de las mujeres que trabajaron con más denuedo en el siglo pasado por todo lo que era genuinamente español, fué Fernán Caballero.

(1) Encíclica *Rerum Novarum.*
(2) La Mujer Católica.

II

Poco podemos añadir a su historia externa, pues con las *Cartas íntimas y familiares* que publiqué en 1919, (1) puede decirse que su biografía está completa. No creo que el tiempo nos reserve grandes sorpresas sobre este punto, aunque bien puede ser que algunos hechos de su vida, sean ligeramente modificados.

Conviene repetir muy alto, para que no se olvide, que ella fué la creadora de la novela realista. Ella la que con arte insuperable cinceló con su áurea pluma en los *Cuadros de costumbres*, en sus novelas, y aun en sus escritos ascéticos, la manera de ser y sentir de España, de Andalucía especialmente, cosa que otros, imitándola o no, pero nada más que parte, han conseguido ruidosos triunfos. Y no es que yo vea mal esos triunfos, nó; lo que me parece muy mal es, que apenas haya un aplauso para mujer tan benemérita, habiendo tantos para otros, que tienen menos títulos que ella. La verdad es, que algunos pasan aquí un par de semanas, y porque oyeron un diálogo en una tertulia de aficionados al toreo, o porque sorprendieron a la moza garrida y desenvuelta de palique con su vecina, o porque asistió a un tentadero de reses bravas, o porque en alegre patio sevillano vió bailar a cuatro parejas las sevillanas acompañadas de guitarra, se creen capacitados para escribir sendos artículos, y hasta novelas, como profundos conocedores de esta tierra. A poco que se piense se comprenderá que en tan poco espacio de tiempo no hay espíritu, por culto y sagaz que sea, que pueda darse cuenta de la psicología de un país, y menos de este, que por mil causas largo de referir, tiene un *quid* especial, un matiz propio. Atrevimientos tales, dan lugar a lamentables equivocaciones con menoscabo de la buena reputación de Sevilla.

Fernán Caballero escribió de lo que había visto, de lo que oyó repetidas veces; fué como una abeja habilísima que libó de entre las flores que la rodeaban, el rico panal de sus escritos. Puede decirse que pasó toda su vida en Andalucía; por eso, como

(1) Madrid.—Sucesores de Hernando.

Cervantes, pudo escribir con propiedad, usando convenientemente el folklore, sin descender a extremos ridículos e inverosímiles. Ella vivió en los campos de Jerez, de Dos Hermanas, de Aracena, de Carmona, de Bornos, de Chiclana, y de cien pueblos más; y lo mismo visitó los suntuosos salones de la aristocracia, que los humildes tugurios de los pobres. Estudió con amor y constancia aquellas escenas que trasladó luego con tanto acierto al papel. Ya dijo en cierta ocasión, refiriéndose a los cantos populares: «Cada uno sabe lo que sabe, y yo en el humilde y *ordinario* estudio del pueblo sé más que Cañete» (1). Diriamos que agotó la materia, pues para ella nada pasó desapercibido, tocando los asuntos con suma delicadeza sin herir jamás la susceptibilidad de nadie.

Con el esfuerzo de su ardiente imaginación andaluza, noble y elevada, con ese arte supremo *de ver bien, sentir bien*, y *expresar mejor*, don singular de los talentos superiores, Cecilia supo llevar el cuadro vulgar a la altura de un drama a la vez casto, atrayente y apasionado, siempre dentro de los límites de la más sana moral y ortodoxia, sin ridiculeces, ni chabacanismos. ¡Qué manera de pintar tan sublime y verdadera la de Fernán Caballero. ¡Qué sublime sencillez! Al leer hoy las bellísimas páginas de sus obras inmortales, recordamos los tipos vivientes que en las calles y en el campo, vemos con nuestros propios ojos. «Ha trascurrido más de medio siglo, ha dicho un insigne publicista, (2) compañero nuestro, D. Joaquín Hazañas y La Rua, desde que Fernán escribió sus obras y aún, para los que saben buscarlas, produce esta bendita tierra, aquella visión serena, sencillamente poética, ni excesivamente alegre, ni triste por demás, que supo retratar a maravillas el ilustre novelista. Los que por amor a Andalucía, la hemos recorrido casi toda, aún en Sevilla, Bornos, el Puerto de Santa María, Chiclana, el Versailles de Cádiz, cuando Cádiz era el París de Andalucía, en Sanlúcar de Barrameda, Arcos de la Frontera, Coria del Río, Dos Hermanas, Alcalá de Guadaira, los

(1) Cartas de Fernán citadas, pág. 293.
(2) Lisardo el estudiante. «El Correo de Andalucía», núm. 8325.

pueblos del Aljarafe y otros más, hemos encontrado muchos personajes de las novelas de Fernán; quizás en ocasiones llevan el traje variado, que no en balde nos vamos «europeizando»; pero el alma es la misma. Aun en nuestro cortijos, haciendas, dehesas, huertas y ranchos, se sigue haciendo la vida que el novelista enfocó con su fina percepción, y pintó con su admirable pluma. Aun canta nuestro pueblo, a despechos de «coupletistas», las mismas canciones que Fernán recogió con toda diligencia, y alguna de las que dió argumento para un cuento o una novela. Aun repiten nuestros campesinos los refranes que Cecilia oyó y le proporcionaron títulos para más de uno de sus artículos».

Con ser esto tan claro y evidente, no convencen sus obras a muchos lectores, entre otras razones, porque no las miran a la luz que deben verse. El Derecho enseña que, para entender debidamente los cánones, hay que distinguir entre tiempo y tiempo (1). Apliquemos esta regla a nuestra autora, y midamos con ella el valor de sus escritos. Para juzgar cualquier obra humana, y mucho más la de un autor, hay que conocer su propia psicología, su educación religiosa y civil, y darse cuenta además, de las circunstancias especiales en que estaba colocado el individuo que la produjo. Recordemos algunas de las que rodeaban a nuestra suave escritora, que ellas nos servirán de guía y norte para no errar. Sabido es que recibió esmerada educación en Alemania protestante, bajo la dirección de unas religiosas francesas. Su padre, D. Juan Nicolás Böhl, aunque abjuró las doctrinas luteranas el año de 1813, sentía y amaba entrañablemente las enseñanzas católicas desde fines del siglo anterior, y no hay para qué ponderar lo que hizo, para inculcar a su joven Cecilia los principios de la sana moral del catolicismo. Las cartas que D.ª Frasquita Larrea escribía desde Chiclana a su esposo (1806 a 1810) pintando con los más vivos colores la situación verdaderamente triste y angustiosa porque atravesaba en España, la Iglesia y el Trono, encendían más y más el ánimo del padre y de la hija. Todo esto remachado, cuando a su vuelta a Cá-

(1) Distingue tempora, et concordabunt jura.

diz, vió los estragos de la guerra y oyó el martilleo constante de su madre, patriota exaltada, que de palabra y por escrito anatematizaba con calor a todos los elementos perturbadores del orden religioso y social.

Téngase además presente, que la suave escritora nació en diciembre de 1796, y murió el 7 de Abril de 1877. Su vida larga y azarosa se deslizó en la época más agitada y turbulenta que registra la historia patria, desde la reconquista de Granada hasta nuestros días. El trastorno que sufrió España fué a manera de volcán, cuyo cráter vomita fuego desolador, llevando la ruina, el llanto y la muerte a todo cuauto toca. A fines del siglo XVIII (triste es recordarlo) los Reyes españoles invocando su origen divino, eran obedecidos y amados con delirio por sus vasallos, que los miraban como a padres y señores, que los regían en nombre de Dios. Los dominios de la Monarquía española en aquella época eran inmensos; abarcaban desde los Estados Unidos hasta la Patagonia, y desde el Norte de Africa hasta las remotas Islas Oceánicas. La Iglesia española, Madre espiritual de infinidad de pueblos y naciones, ayudaba eficazmente a la Monarquía a civilizar y moralizar aquellos pueblos, haciendo así más fuertes los lazos de unión entre los hijos y la madre España, y más vigorosa también nuestra raza inmortal y gloriosa. Las órdenes religiosas, puestas a la vanguardia de la civilización, llenaban a la península y a las colonias de monumentos de ciencias y de artes, haciendo de España un museo inmenso que pudo competir en todos los ramos, hasta con la misma Italia.

Aún nos quedan restos de aquellas pasadas glorias. El célebre Monasterio de Piedra, cuya grandiosa escalera tiene tanto valor artístico como la de Westminster, el Paular, las Cartujas de Granada y de Miraflores de Burgos, Guadalupe, San Isidro de Santiponce, Yuste, con mil monumentos más, derruídos unos, y amenazando desplomarse otros, son una prueba fehaciente de esta gran verdad. No hablemos de sus bibliotecas, ni de sus riquezas artísticas en estatuas, pinturas, telas y orfebrería, porque no acabaríamos nunca. Entonces el Ejército y la Marina se consideraban

como soldados de Cristo, y hacían a España una gran potencia europea, no regateando puestos, sino por derecho propio. Pues bien; este gran Imperio, vino abajo, como castillo de naipes, en pocos años. La Monarquía quedó destronada, perdimos lo mejor de nuestras colonias, las órdenes religiosas fueron perseguidas y exclaustradas, la Iglesia mermada en sus intereses, el Ejército casi deshecho, la Marina hundida en Trafalgar, y para colmo de desdichas, el suelo patrio, desde Covadonga a Conil, hollado por las huestes napoleónicas, y si al fin y al cabo fueron derrotadas en Bailén y arrojadas de la patria, fué a costa de inmensos sacrificios, y dejándola sumida en un mar de lágrimas y de sangre. A través de estas circunstancias excepcionales hay que ver y juzgar a Fernán Caballero, si hemos de conocer su psicología y sus escritos.

Pocas veces se alegra el hombre del bien ajeno; pero ordinariamente se conduele de sus desgracias, sea el que sea su origen. Tal es la condición humana. Los gravísimos infortunios que padeció España en tiempo de nuestra Cecilia, conmovieron profundamente su corazón, y fueron causa de que nacieran vigorosos en su alma *religiosa y patriótica* tres amores fuertes como la muerte: *Amor a Dios, amor a la Patria y amor al Rey:* amores que conservó toda su vida, cual depósito sagrado. Ni como católica, ni como patriota pudo avenirse nunca con las doctrinas insanas que habían derribado el Altar y el Trono, y amenazaban acabar con todo lo que era genuinamente español. Por eso su inteligencia clarísima, su educación esmerada, su ardiente imaginación, todo cuanto era y valía, lo puso con su pluma al servicio de la buena causa. Escribió, como escribió, por amor de Dios y de la Patria. Para convencerse no hay más que leer algo de lo que dice y repite mil veces en sus *Cartas* y en los prólogos de sus libros. Recuérdese el dejo de amargura con que habla en los capítulos III y IV de *La Gaviota* del abandonado convento del sencillo hermano Fray Gabriel; con qué colores pinta el robo sacrílego de la Iglesia de Alcalá en *La familia de Albareda* (1); y lo mismo podemos decir

(1) Parte Tercera, capítulo VII.

de *La promesa de un soldado, Las mujeres cristianas*, entre otros pasajes que pudiéramos citar. Tengo para mí que si el Padre Granada hubiera escrito novelas, no las hubiera escrito de otro modo.

Se dirá que *sermonea* mucho, y que una novela no es el el Kempis. Es verdad, no es el Kempis; pero tampoco es un tratado de pornografía. En cuanto al *sermoneo*, debo repetir aquí (1), lo que ya he dicho más de una vez, que no todas las reflexiones ascéticas que hay en sus escritos las escribió ella. De las suyas respondió siempre, sin negarle la paternidad. Al Sr. Conde de Cazal le dice en una carta: (2) «Mucho he dicho en mis prefacios para disculparme de una falta que tengo bastante tacto para conocer, y por eso he repetido en ellos muchas veces, que no pretendo escribir *novelas*, sino cuadros de costumbres, retratos acompañados de reflexiones y descripciones, y que bajo ese punto se me juzgue... Al querer como es mi intención, desterrar de la vida perfecta todo lo romancesco, buscando el ideal en lo sencillo, como para mi existe, robo a mis novelas, o *privo* a mis novelas de toda esa parte del colorido de lo romancesco y extraordinario. Visto al hada de vestal; pero si la hago menos brillante, ¿no cree Vd. que la hago más buena? Todo lo novelesco tiende a exaltar a la criatura; yo busco a ablandarla, excluyendo o poniendo en buena luz todas esas pasiones ya enérgicas, ya exaltadas que son venenos que vierten el corazón en la buena y llana vida qne la mujer debe seguir... Perdone Vd., mi querido amigo, si al darle gracias por su tan lisonjero juicio de mi novelita, le expongo, dándole toda razón, las causas que me haçen incurrir, medio sin querer, medio queriendo, en un defecto real que me privará de interesar en general a las gentes. ¿Sacrifico mi conciencia al deseo de tener popularidad? Vd. mismo me dice que no debo cambiar, y no forzar mi ingenio fuera de los límites de su inclinación». En otra carta inserta en la página 34 de la misma colección, leemos «.. si choca lo que escribo, no a los pícaros que toman los malos extremos de

(1) Véase mi discurso académico, página, 29. Sevilla 1925.
(2) Colección citada, página 39.

las ideas del día, desde luego tiro mi pluma, y llévesela el viento, como la de los pájaros, por esos aires». Aun voy a copiar otro párrafo de gran interés: «Mis novelas (1) Señor, como novelas valen bien poco... Son pinturas de caracteres de los vicios ridículos de la época y de las hermosas cualidades que desaparecen... Pequeños bajeles de papel con remos de pluma demasiadamente atrevidas, para bogar contra el horrible torrente que toma su origen en la incredulidad hinchada por el orgullo, que lleva al abismo. Lo que yo creo haber escrito mejor son los cuadros de costumbres populares, pequeños dibujos de daguerrotipo que pocas personas contemplan a la luz que le es ventajosa, y que permanecerán, aun cuando el *río* haya arrebatado el bello original».

No ya por defender la religión y las costumbres de nuestros mayores, sino por defender la Patria, ¡quién lo diría!, sufrió persecuciones esta mujer benemérita. Veamos cómo ella misma lo dice en la página 13 de *Vulgaridad y nobleza*: «Se nos vitupera igualmente nuestro patriotismo, por aquellos que llenos del espíritu cosmopolita moderno, clasifican el amor a la Patria de necia preocupación de los siglos bárbaros...» Mas ella, lejos de amilanarse, siguió escribiendo con bríos hasta la muerte. manifestando así, que si su pluma era de acero bien templado, su corazón español era de oro de cien kilates. Mujer de tan bellas cualidades bien merece, no un aplauso caluroso cuyo eco se pierde presto, sino una estatua en la más linda de nuestras plazas, y un recuerdo de gratitud en el pecho de todo el que se honre de llamarse español.

Nuestra autora conocía bien las críticas que escritores como Castelar, Valera (2) y Barrantes (3), entre otros, hacían de sus obras; y a pesar de su natural apacible, pregunta enérgicamente con Suard en carta a su Lector de las Batuecas inserta al principio de *Clemencia*. «¿Qué es estilo?... Estilo es el que conviene a la persona que escribe y a las cosas que escribe... Madama de Sevigné

(1) Edición citada páginas 191 y 192.
(2) Cartas citadas, página 46.
(3) Id., página 37.

no puede escribir como Voltaire. ¿Cual se debe imitar? Ninguno, si se quiere ser algo por sí. No tiene realmente estilo, sino que tiene el de su propio carácter, y el giro natural y personal de su entendimiento, modificado por los sentimientos que se tiene al escribir. ¿Quién escribe mejor? El que tiene más movilídad en la imaginación, más ligereza, más chiste y originalidad en su talento, más facilidad y buen gusto en su manera de expresarse». Precisa reforzar con otros argumentos lo que acabamos de citar.

Fernán Caballero era una artista, que de una manera o de otra, escribía deleitando, al par que moralizaba. Ahora bien: en toda producción artística puede haber arte en la forma. y en el fondo. Un vaso puede ser bello en su aspecto, y bello también el tósigo que contenga. Del mismo modo, una obra puede estar escrita con belleza literaria o formas literarias; pero su doctrina, aunque bella, puede envenenar y producir la muerte, si es mala Y si las leyes castigan a los que perjudican la salud, y los intereses de la Patria, ¿por qné no han de castigar más duramente a los que envenenan el espíritu con sus escritos? De aquí se deduce que eso de: *El arte por el arte,* no puede entenderse con esa amplitud de criterio que ampara el bolcheviquismo. El hombre es un compuesto de alma y de cuerpo, y de darlo todo al cuerpo y poco o nada al espíritu, como hacen hoy la mayor parte de los novelistas, es un error gravísimo que trae funestas consecuencias porque produce irremediablemente el desnivel entre la carne y el espíritu, entre el cuerpo y el alma, y como consecuencia lógica, fatal, la supremacía de las pasiones sobre la razón y el espíritu, de tal modo, que el espíritu, que es la parte más noble del hombre, quedará sujeto a las pasiones; y en el hombre, Señores, no deben mandar las pasiones, sino la razón. Y si hemos de apreciarnos en lo que valemos, no hay que olvidar, que el hombre es tanto más hombre, cuanto más obra conforme a la razón; y será menos hombre, mientras mas se deje llevar de las pasiones. Así se comprende que a ciertos espíritus (que no sé si llame enfermos) no gusten las obras de Fernán, aunque procuró en todo momento dar por igual al alma

y al cuerpo; al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Analicen sin pasión las causas y verán, como el mal es más bien subjetivo, que objetivo.

El arte por el arte sin fronteras no lo comprendo, cuando ese arte, como el veneno del vaso, es nocivo. Más aún; ese arte no debe existir en buena lógica, si no tiene un fin moral, docente y humanitario. Por eso cuando se aparta de ellos, lo reprime, y aun lo prohibe la Iglesia, que como madre cariñosa, vela por la salud de sus hijos.

Desde la mitad del siglo XVIII que Baumgartem trató por separado las doctrinas referentes a la Estética, hasta nuestros días, son muchos los que han escrito sobre esta materia compleja, y todavía no han dicho la última palabra, y paréceme que transcurrirá bastante tiempo antes que se diga.

La estética puede ser objetiva y subjetiva, por eso se produce de tan diversos modos. Si el sujeto no siente el arte, si no le dicen nada las bellezas propias de la naturaleza, mal podrá emocionarse. En cambio, el artista encuentra arte en los objetos más insignificantes. San Francisco, por ejemplo, sentíase profundamente conmovido al oir balar a un corderillo. Su canto dulcísimo al *Hermano Sol* lo acredita de alma tiernísima y poética. Para muchos hay más emoción en el tañído de una campana, en los pórticos mal seguros de las Abadías antiguas, en la soledad de un convento, en la placidez de una pradera o de un bosque, que en cualquier producción modernista y exótica. Desde luego, todo el que esté imbuido en las ideas panteístas tendrá la estética de Hegel; de un espiritualismo ecléctico nacerá la estética de Cousin; de un ateísmo más o menos explícito la estética de Veron; y de un espiritualismo católico la estética de Fernán Caballero. Es a no dudarlo, la mejor, porque si la forma del vaso es artística y bella, el contenido es aún mejor, puesto que es bálsamo suave de catolicismo, cuyo aroma celestial tiene virtud para curar todas las heridas y todos los dolores.

Tal es a grandes rasgos la psicología de Cecilia Böhl de Faber. Sin duda que con las dotes peregrinas de que estaba dota-

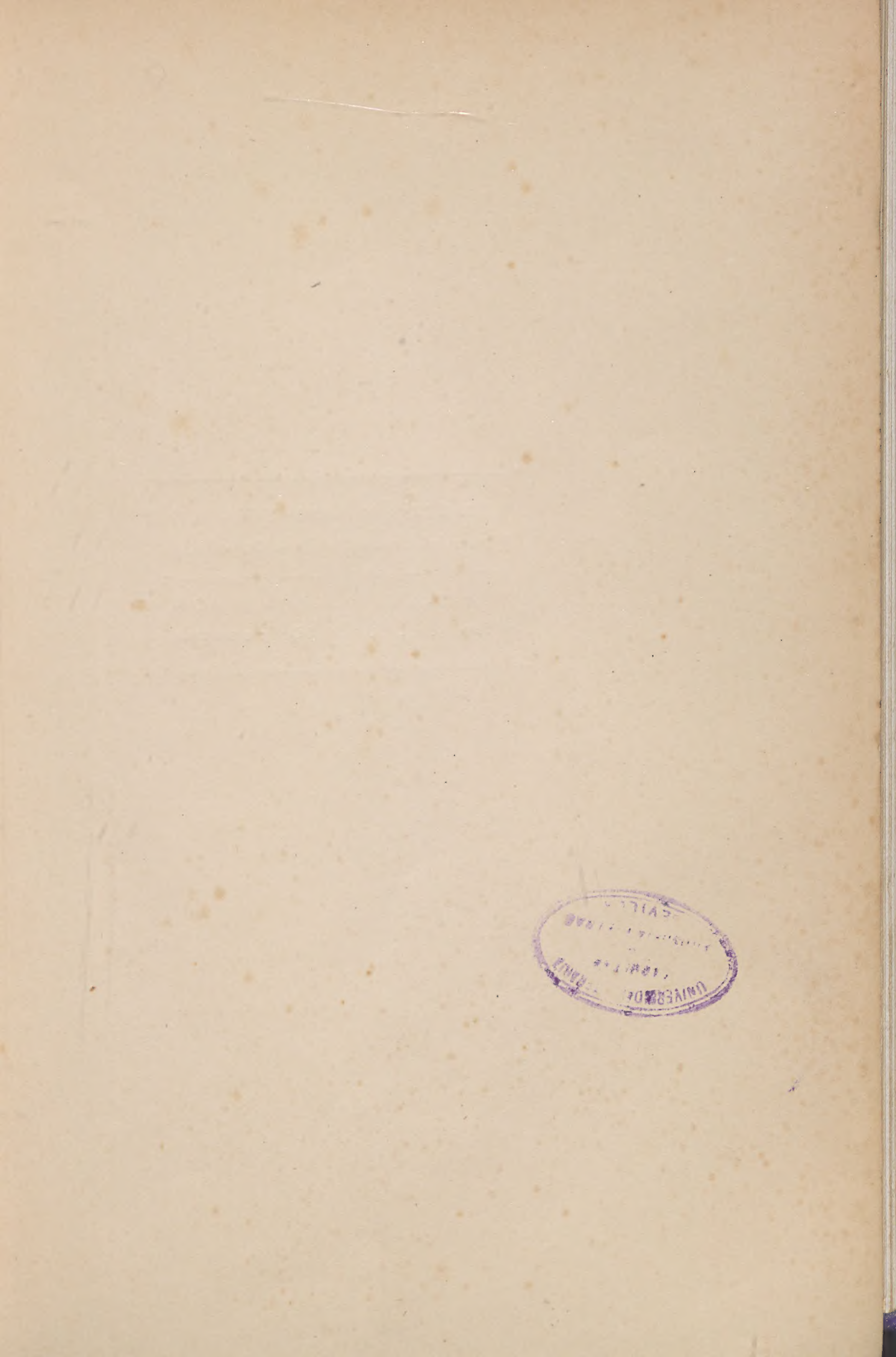
da, pudo producir obras más perfectas. Así y todo serán inmortales, como lo son las de Virgilio, Dante, Fray Luis de León y Cervantes, porque el alma de esos artistas excepcionales, palpita en cada una de sus páginas.

Se sacrificó por el bello ideal de la Religión y de la Patria, viviendo pobre y escondida como humilde violeta, sin buscar el aura popular, pues hasta su nombre procuró ocultar con ahinco. En su largo camino encontró más espinas que rosas, y vió con la clara luz de su inteligencia, lo estéril que serían muchos de sus desvelos y sacrificios; por eso pregunta con Balzac en la página 14 de *Elia:* «¿Quién podrá lisonjearse de ser siempre comprendido? Morimos todos desconocidos: esta es la suerte de las mujeres y de los autores.»

Termino, Señores, con una copla popular que tanto gustaba a la autora de *La Gaviota:*

En este mundo vivimos
De la ajena voluntad,
Que no tenemos más fama
Que la que nos quieren dar.

HE DICHO.



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza del Conde de Casa Galindo, 8

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Año . . . . 10 pesetas